

FUEGO DE PENTECOSTES

JUNIO DE 1929

No. 18

Las razones por qué los cristianos observan el primer día de la semana

Por A. E. Stuernagel.

Los cristianos no observan el primer día de la semana pensando que es el sábado del Antiguo Testamento. Los días no son iguales. El sábado fué memorial de la antigua creación; el día de domingo es celebración del nuevo. El sábado fué para descanso físico, el nuevo día para un descanso más completo en Cristo. El sábado marcó el fin de la dispensación de ley; el domingo marcó el principio de la gracia. El último sábado fué marcado por tristeza, incredulidad, destrozo y muerte. El primer domingo fué marcado por alegría, alabanza, triunfo— una celebración de la victoria sobre la muerte y el infierno. La época necesitaba un día nuevo. Como hubo un cambio de la pascua a la Santa Cena y de la circuncisión al bautismo en agua, así hubo un cambio del sábado al día de domingo.

Presentamos seis razones por las cuales los cristianos han observado el primer día de la semana como el día del Señor. Lo observan:

I. A causa de su importancia en tipo en el Antiguo Testamento.

Este fué el día de los días. El octavo día circuncidaron, los impuros dispensados, los sacerdotes entraron en sus oficios, el sumo sacerdote entró en el lugar más santo; la fiesta de las primeras frutas cayó en aquel día; el año de jubileo ocurrió el octavo año sabático. Todos estos fueron tipos de las bendiciones de los santos bajo la nueva dispensación. Nuestra salvación, limpiamiento, unción y glorificación fueron bendiciones del octavo día. Ahora bien, este día octavo corresponde a nuestro primer día. Son asociados con el primer día porque fueron procurados para nosotros en aquel día en la resurrección de Cristo. Fué natural, pues, que este día más que cualquier otro fuese adoptado como el gran día memorial del siglo nuevo.

II. Marcó la resurrección de Cristo de entre los muertos.

¿Por qué observamos un día? Por lo que ocurrió en aquel día. Los israelitas celebraron el sábado y la pascua, los americanos el cuatro de julio y el once de noviembre simplemente por lo que ocurrió en esos días. Así observamos el primer día de la semana porque marca el evento más importante en la historia del mundo. Si Satanás tuvo esperanzas, fué cuando Cristo estuvo muerto en el sepulcro. Pero el primer día de Pascua, resucitó victorioso sobre la muerte, el infierno y el sepulcro. Satanás fué vencido, los judíos fueron aterrados, los discípulos alegres, y los ángeles tuvieron jubileo. Sin resurrección, la muerte de Cristo habría sido no más que la muerte de un mártir. La resurrección fué la prueba de que Dios había aceptado el sacrificio por nuestros pecados, porque "si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados." (1 Cor. 15:17). En la resurrección de Cristo tenemos también el final y completo testimonio de Dios acerca de la divinidad de Cristo, una demostración de redención completa, y una promesa de resurrección y glorificación venidera.

Cada uno de los cuatro escritores de los evangelios registran el hecho de la resurrección de nuestro Señor y dicen que fué el primer día de la semana.

III. Fué el día de la manifestación especial de nuestro Señor.

Aquel día memorable Cristo se manifestó cinco veces a sus ansiosos discípulos. La última vez apareció a ellos trayéndoles el mensaje de paz y mostrándoles las señales de su sacrificio de amor. También sopló sobre ellos el Espíritu Santo y les dió la gran comisión. Cristo no se manifestó hasta una semana después. Fué su modo de confirmar la costumbre de los discípulos de congregarse, y de santificar este nuevo día memorial; cuando llegó el primer día, los discípulos se congregaron otra vez, esperando Su manifestación. Fué para ellos una reunión de fe y amor. Así llegó a ser un día alegre de juntas religiosas.

IV. Fué el día del derramamiento del Espíritu Santo.

Según ley 22:15, 21 Pentecostés ocurrió el primer día de la semana. La venida del Espíritu Santo es simbolizada en el Antiguo Testamento y profecía. Su presencia en la iglesia fué para caracterizar la nueva época, marcó el día de cumpleaños de la iglesia y la grande obra de bautizar creyentes en el Espíritu Santo. Marcó también el principio de la predicación en el poder del Espíritu Santo, conduciendo a la conversión a miles de personas. Como Cristo honró el primer día de la semana por su resurrección y manifestaciones personales, ahora, aún más, pone Su sello sobre aquel día con el gran derramamiento del Espíritu Santo. Seguramente el creyente no necesita mandamiento para guardar tal día como memorial. Jesús y el Espíritu Santo lo confirmaron, y la iglesia lo ha observado desde entonces y lo hará hasta el fin.

V. Marca el glorioso apocalipsis de Cristo y la perfección de la nueva creación.

La revelación sublime que Dios dió al Apóstol Juan sucedió el primer día de la semana. Porque "Juan estuvo en el Espíritu en el Día de domingo." (Rev. 1: 10). El "domingo" refirió al primer día de la semana. La celebración en conmemoración de la nueva creación es no más que una promesa y profecía que un día todo será nuevo. Fué propio, entonces, que la visión incomparable de Juan viniera el primer día de la semana. Y porque habla de los triunfos grandes de nuestro Señor glorificado es propio que sea llamado "domingo" o día del Señor. La iglesia primitiva nunca llamó el primer día "el sábado". Es un equívoco y conduce a mucha confusión.

VI. Es el día que fué adoptado por la iglesia primitiva para juntas religiosas, y que desde entonces ha sido observado.

No leemos que los discípulos tuvieron un culto el sábado cuando Cristo quedó muerto en el sepulcro. Pero en la mañana de la Pascua los encontramos juntos y Cristo en medio. Otro sábado pasó sin una junta, pero en el siguiente primer día fueron juntos otra vez. Aprendemos de las epístolas de Pablo que la iglesia primitiva se congregaba habitualmente en cierto día. La expresión en 1 Cor. 11:18 "Cuando os juntáis" y en Heb. 10:25 "no dejando nuestra congregación", no refieren a

meras casualidades sino describen una costumbre o práctica. En Hechos 20:6 leemos "y el día primero de la semana juntos los discípulos a partir el pan, Pablo les enseñaba etc." De esta escritura aprendemos algo interesante. En el verso seis leemos que después de que Pablo había llegado a Troas, "estuvo siete días". Esto muestra claramente que pasó allí un sábado, para poder juntarse con los hermanos de Troas cuando se acostumbraron juntarse el día primero de la semana. En ese día "partieron pan" (Observaron la Santa Cena del Señor) y no en el día de sábado. Además aprendemos que en ese día fueron acostumbrados a predicar la Palabra. De 1 Cor. 16:2 sabemos que Pablo enseñó a las iglesias que apartasen las ofrendas para la caridad, el primer día de la semana. Note sus propias palabras "cada primer día de la semana cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando lo que por la bondad de Dios pudiere; para que cuando yo llegare, no se hagan colectas". Pero ¿Por qué hacerlo el primer día de la semana, más que en otro día? Simplemente porque fué un acto de adoración apropiado para aquel día. Vemos que esto fué un acto público y no privado, porque dice "para que cuando yo llegare no se hagan colectas". En estas referencias tenemos la clara enseñanza de los apóstoles con respecto a la costumbre de la iglesia primitiva de observar el primer día de la semana. Habitualmente se juntaron en aquel día para la Santa Cena del Señor, la predicación de la Palabra, y para recibir ofrendas. Esta misma práctica ha continuado durante los siglos hasta el día de hoy. No hay mandamiento en el Nuevo Testamento de observar ni el séptimo ni el primer día de la semana. Pero un ejemplo es muchas veces igual a un mandamiento. Aquí tenemos el ejemplo de los apóstoles y de la iglesia de observar el primer día. Y esta es otra razón por qué los Cristianos observan ese día.

Luz apostólica.

RELIGION PARA EXPORTAR

Cuando se celebró en Burnley, Inglaterra, la primera reunión en pro de las misiones al extranjero, un ciudadano sencillito, al ver los carteles de anuncio, exclamó: "¡Vaya, quien ha visto cosa igual! Estos metodistas tienen tanta religión que están comenzando a exportarla".

¿Qué es lo que debo esperar diariamente?

Habiéndome entregado de lleno a mi Señor Jesús, y habiendo sido bautizado por la fe en su promesa, con y en el Espíritu Santo, yo ahora debo esperar diariamente:

1.— Ser usado en el servicio de mi Maestro. Porque él ha prometido usar de alguna manera a toda alma que esté rendida, santificada y bautizada con el Espíritu Santo — 2 Timoteo 2:21 — “Así que si alguno se limpiare de estas cosas, será vaso para honra, santificado y útil para los usos del Señor, y aparejado para toda buena obra”.

2.— Debo esperar ser guiado por el Espíritu de Dios, en todo lo que haga, sea grande o pequeño, y aún en los detalles más minuciosos de mi vida (Romanos 8:14).

3.— Debo esperar de una o de otra manera, la manifestación de la potencia Divina en mi trabajo espiritual, ya sea en el testimonio, o por mis escritos, o en algún acto de mi vida cristiana, o en una vida consecuente y ejemplar (Hechos 1:8).

4.— Debo esperar ataques repetidos del enemigo — Con esto tengo que contar, que tan cierto como Dios empieza a usar una persona, el diablo empieza a abusar de él. Esto es necesario no olvidarme. Y que peleando con el enemigo no caiga en el error de empezar a pelear con la persona que puede haber llegado a ser ciega e ignorante herramienta del diablo.

5.— Debo reconocer que los ataques del enemigo pueden venir de alguna parte menos esperada. Los mejores amigos pueden de repente volverse hostiles; alguno de la familia llegar a ser intratable; dificultades pueden ocurrir en mis negocios de cada día; tentaciones olvidadas y extinguidas como un gran volcán, pueden súbitamente llegar a ser activas de nuevo, como con el fuego del infierno; o de nuevo una pesadez y depresión inexplicable del espíritu o aún del cuerpo, puede sobrevenir, acompañada por “peleas por fuera y temores por dentro” (2 Corintios 7:5).

No solamente debo contar con todo esto, sino que debo prepararme a que estas cosas acontezcan; de consiguiente no

sorprenderme cuando sucedan, pero armado con la espada del Espíritu, ceñidos los lomos de verdad, y vestido de la cota de justicia y calzados los pies con el apresto del evangelio de paz, con el escudo de la fe en mi mano y el yelmo de salud en mi cabeza, tengo que pelear la buena batalla de fe prevaleciendo sobre cada uno de estos ataques y por fin derrotándolos, no por ninguna arma carnal, sino solamente “orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu” (Efesios 6:14-18).

Pero—

También yo debo así mismo esperar tener la victoria en todo caso. El Comandante en Jefe no me abandonará. El estará conmigo en lo más duro de la pelea. El cubrirá mi cabeza indefensa con la sombra de sus alas (Salmo 17:8). — Así seré más que vencedor en todas las cosas por medio de aquel que me amó (Romanos 8:37).

Dada esta seguridad no tengo por qué afligirme; debo considerar al “temor” como un monstruo terrible que bajo ninguna consideración debe ser permitido de entrar a vivir en mi casa. Debo conocer en el principio de la batalla, que la victoria está segura. Debo permanecer con calma y firmeza y dulzura aún hacia los peores acusadores. Debo conquistar por el amor. Debo sostenerme firme hasta salir por medio de la paciencia. Debo venir al fin, victorioso a través de largos sufrimientos, porque mi Cristo, quien es también mi novio, “me ha llevado a su palacio de banquete y su bandera sobre mí es amor” (Cantares 2:4).

Traducido

Guarda tu lengua

“Pon, oh Jehová, guarda a mi boca; guarda la puerta de mis labios. (“Sal. 141:3).

La receta de la señora H. B. Stowe para hacer esto es la siguiente: “Resolvamos primero, a alcanzar la gracia de silencio; segundo, a reconocer que es pecado toda crítica que no sea obligada por el deber; y tercero, practicar la virtud de hablar bien de otros.

Pentecostal Evangel

Una visión del infierno

Entré a la Sala del Juicio, semejante a cualquiera de los salones de nuestros Tribunales; en la silla del Juez estaba Jesús con un semblante duro y severo; ni una sonrisa, ni tampoco miraba con ceño, sino como cualquiera de nuestros jueces aquí en la tierra. A su derecha estaba una escalera de blanquísimo mármol y al pie de ella estaba un angel blanco. A su izquierda estaba una escalilla angosta y muy oscura que conducía abajo de la tierra, y un angel negro con alas blancas estaba allí.

Yo estaba observándolo todo; en seguida entraron en fila todas las niñas de la Escuela Bíblica de Glad Tidings, una por una; y cuando Jesús nos vió no hubo ni una sonrisa, ni ningún movimiento en su rostro. El nos indicó que pasásemos a su derecha y allí nos paramos formando un semi-círculo, y esperamos. Después de un rato, por el pasillo de en medio, entraron veintiuna niñas, todas empolvadas y pintadas, con el cabello recortado, faldas cortas y medias de seda transparentes. Todas se pararon en derredor de la silla del Juez, como esperando su sentencia. Jesús las vió y les dijo:

“Con vuestro polvo y pintura y con la exposición de vuestra carne habéis arrastrado hombres al infierno; id a encontrarlos allá”.

El indicó al angel negro que se hiciera cargo de ellas, y una por una bajaron por la escalera angosta; entonces Jesús me dijo que fuera y viera yo lo que las esperaba y seguí al angel negro que caminaba detrás de la última de las niñas.

Al bajar ellas por aquella escalera angosta y oscura y en forma de caracol, las piedras negras se convertían en brasas vivas, ¡oh! como aquellas niñas gritaban y aullaban, pero no podían escapar porque había dos paredes negras, una a cada lado. Abajo, abajo iban, parecía como si fuésemos a llegar al centro de la tierra.

Yo no sentí nada del calor; seguí detrás del angel y cuando él y yo pisábamos los peldaños, estaban negras como antes, y no quemaban. Finalmente llegamos a una grande abertura en la pared, y allí había una gran hornilla alta y dos ángeles negros estaban a uno y otro lado.

En cuanto entraron las niñas se colocaron en un semi-círculo en frente de la hornilla y ambos ángeles comenzaron a fijarse en los rostros de las niñas, y en seguida tomaron cenizas ardiendo y se las pusieron en sus rostros en lugar de polvos; y luego brasas vivas en los labios y las mejillas para pintarlas.

¡Oh, cómo aquellas niñas chillaban, gritaban y aullaban! pero estaban absolutamente indefensas, no podían hacer ninguna resistencia, y una por una tuvo que pasar por este procedimiento.

Después de terminar allí, en el camino para la salida tuvieron que pararse en una especie de banquillo en donde, por otro procedimiento sus piernas fueron congeladas. Después de esto seguimos por una escalera angosta de caracol que parecía llevarnos al mismo centro de la tierra, y seguimos hasta llegar al lago de fuego, y allí nos paramos. Parecía como si un tubo angosto de agua, o una barra de fierro estaba colocada sobre el lago de fuego. El angel negro dijo a las niñas que caminaran por ese fierro y tuvieron que hacerlo. Con el menor movimiento, o con la más leve vuelta tendrían que caer en el fuego, pero ninguna se cayó y las veintiuna niñas permanecieron allí: abajo podían verse las cabezas de los hombres que flotaban en el fuego líquido. El angel miró a las niñas y dijo:

“Vosotros habéis anhelado la admiración de estos hombres; la tendréis por toda la eternidad”.

El angel volvió y me dijo: “Volvámonos”, y nos volvimos a la Sala del Juicio. Allí estaba Jesús y las niñas de la escuela como la habíamos dejado. Jesús se volvió a mí y me dijo:

“Ahora, hija, ¿Continuarás usando tu polvo y crema?” Le contesté angustiada: “No, Señor, nunca, nunca.” Entonces se volvió a las niñas y les dijo: “Aprended la lección”.

Las niñas salieron y quedé sola con Jesús y los dos ángeles en la Sala del Juicio. Pronto vinieron por el pasillo de en medio veintium predicadores, todos con sus Biblias en la mano, mirando en toda dirección con grande arrogancia, como si viniesen a reclamar una recompensa. Miré, y el primer predicador era un conocido mío. Andaba con la cabeza inclinada, y oraba cada momento al acercarse al Juez. Cuando Jesús lo vió su rostro cambió, y con la más tierna y

amorosa sonrisa le dijo: "Bienvenido seas, cansado peregrino", e indicó al angel blanco a su derecha, y luego vinieron por la escalera blanca dos brillantes y luminosos ángeles. Uno traía una corona y el otro una túnica blanca; más no se me permitió ver lo que siguió. Los otros veinte predicadores estaban allí y esperaban su sentencia. Jesús miró a cada uno de ellos, y luego dijo:

"Vosotros habéis engañado a la gente; id allá donde vuestras congregaciones os están esperando", e indicó al angel negro a su izquierda, y los predicadores descendieron por aquella escalera angosta y negra. Sucedió lo mismo que cuando habíamos pasado las niñas: las piedras negras se volvían brasas ardientes y bajábamos y bajábamos, parecía que íbamos hasta el centro de la tierra. Finalmente se abrieron las puertas a la derecha y cada ministro entró a su iglesia, o congregación. El ángel me hizo entrar con el último de los ministros, y era allí lo mismo como una iglesia, solamente que las paredes eran de fierro calentado al rojo; la congregación estaba toda allí en sus bancas cuando entró el ministro. Al verlo todos a una voz exclamaron: "Te hemos estado esperando; ¿qué es lo que nos vas a predicar ahora? El ministro dió un fuerte alarido y dijo:

"¡EL INFIERNO ES UNA REALIDAD!!"

Llamó al orden a la congregación y dijo: "Cantemos un himno. Abrieron sus libros y comenzaron a cantar; pero en lugar de sus voces salían agudas lenguas de fuego de sus bocas.

Yo estaba horrorizada y me escondí detrás del ángel y exclamé: "Sácame de aquí; llévame fuera de aquí; yo no puedo sufrir esto por más tiempo." El angel me sacó y volvimos a donde estaba Jesús y le supliqué que me dejase ir, porque no podía soportar de ver más de estas cosas más que ver.

Eseramos un momento, y a poco racenas. Me dijo que esperara, que había to vinieron en gran confusión, todas hablando a la vez, unas tratando de pasar adelante de las otras, veintiuna madres. Algunas de ellas estaban ricamente vestidas y casi todas traían joyas. Cuando llegaban cerca de Jesús exclamaban: "¿Dónde están nuestras hijas? ¿Dónde está mi hija? ¿Qué habéis hecho con mi hija?" Todas trataban de hablar al mis-

mo tiempo, todas, estaban muy excitadas y sus ojos desmesuradamente abiertos. Jesús les miró con rostro severo e inmutable, indicó al angel negro y dijo a las mujeres:

"ID Y VED A DONDE HABEIS MANDADO A VUESTRAS HIJAS."

El angel negro les señaló la escalera por donde debían de bajar, y una por una bajaron; mas esta vez las piedras no se volvían brasas ardientes como anteriormente. Yo seguí el último detrás del angel. Y abajo, abajo fuimos por esa escalera de caracol que parecía llevarnos hasta el centro de la tierra. Al fin se abrió una puerta y entramos a un salón grande y cuadrado. Era un hermoso salón de baile, y había allí de sesenta a ochenta niñas como de siete a doce años de edad que estaban bailando los bailes de la última moda. Cuando ya pude ver claramente lo que estaba pasando quedé horrorizada y temblaba de pies a cabeza. Todas las niñas estaban desnudas, y una inmensa víbora envolvía todo el cuerpo de cada una de ellas, y la cabeza se balanceaba del cuello de cada niña. Era demasiado horrible para expresarlo en palabras, y supliqué al angel que me sacara de allí. Para respuesta el angel señaló al frente del salón a donde todas las niñas dirigían sus miradas.

Allí sobre una especie de plataforma estaba un dragón, o serpiente monstruo; la cola extendida por algunos pies sobre el suelo, y el resto del cuerpo estaba enrollado formando la figura de un número ocho, y en medio de esa figura estaba su inmensa cabeza. Era más de lo que podía soportar, y lloré y supliqué al angel que me sacara de allí y así lo hizo.

Volvimos a la sala del Juicio y le pedí a Jesús que me dejara volver porque me era imposible ver más de estas escenas. El me dijo:

"VUELVE Y DI A MI PUEBLO TODO ESTO."

Aurora Carreón de Viales B.

S. Fco. de Calif., octubre 12 de 1929.

Nota.— Esta visión fué publicada en el CHILE PENTECOSTAL de Mayo, 1924, y la publicamos en el Fuego de Pentecostés a petición de varios lectores.

La vida de oración de Jesús

En ningún siglo ha estado el mundo sin sus grandes oradores. Desde los días de Abraham, quien movió a Dios a que rescatase a Lot de las condenadas ciudades de la llanura, a través de los siglos ha habido hombres y mujeres que conocieron el secreto de la intercesión y que usaron su conocimiento tan bien, que las costumbres antiguas de muchos siglos fueron cambiadas, los reinos fueron sacudidos y las naciones oscuras fueron llenas de luz. Ahí está Juan Knox, cuyas oraciones asustaron a la malvada María, reina de los escoceses; también Wesley, cuyas oraciones trajeron avivamientos en todas partes; ahí está Brainerd, que no pudo dejar a Dios hasta que su gloria fué vista entre los pobres, ignorantes y supersticiosos indios americanos; Carey y Judson y Tailor; y el tiempo nos faltaría para contar de Lutero, de Paton, de Livingstone, de Neeshima, quienes por medio de la oración "ganaron reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas, taparon las bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos... de las flaquezas fueron hechos fuertes".

Pero de todas las grandes oraciones, ninguno supo tan bien el poder de la oración, ni sintió tan vivamente su valor como nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo. Decir que Jesús creyó en la oración es hablar insuficientemente. Su vida era una oración, la oración era su aliento vital, vivía por ella, obraba por ella, moraba por ella. Literalmente oraba sin cesar, porque su espíritu era el espíritu de oración. Cada lugar era para Él un lugar de oración, las márgenes del río Jordán, el desierto, la cima de la montaña, la orilla del mar, las calles aglomeradas de la ciudad, los patios del templo, siempre y donde quiera, Jesús elevaba su espíritu puro a su Padre y encontraba la comunión, la seguridad y el poder que necesitaba para su trabajo. Jesús no sabía nada de un Dios tan grande y tan lejos de sus creaturas que no tuviese nada que ver con sus necesidades personales o inmediatas. El Dios a quien Jesús oraba tiene un interés profundo y personal por cada uno de los individuos que ha creado. Contestar la oración es su delicia. Esto Jesús lo creía, lo practicaba y lo enseñaba.

En los evangelios se nos dan vislumbres

exquisitos de la vida de oración de Jesús. Le encontramos orando al tiempo de su bautismo: "También Jesús fué bautizado, y orando" (Lucas 3:21). Por cuarenta días fatigosos luchó en oración en el desierto antes de aventurarse a la obra de su vida. Qué bueno que nosotros sintiéramos algo de esa ansiedad de llenar bien nuestro lugar en la vida que llevó a Jesús al desierto y que le hizo olvidar alimento, bebida y descanso hasta que se sintió seguro de la victoria. Luego vinieron los días llenos con la obra de enseñar, predicar y sanar, días tan llenos de amoroso servicio que nos maravillamos de que hubiese tiempo para la oración. Pero Jesús encontró tiempo, porque, levantándose muy de mañana, aún muy de noche, salió y se fué a un lugar desierto, y allí oraba" (Mar. 1:35). El evento importante de escoger los doce apóstoles fué precedido de una noche de oración.

Jesús oraba cuando estaba lleno de gozo. Qué directamente del regocijo de su corazón salió ese "Padre, te doy gracias" en la ocasión en que sus discípulos anunciaron victoria. Donde hubiéramos esperado una petición, a menudo salía alabanza espontáneamente de los labios de nuestro Señor. En la tumba de Lázaro oíamos su frase de seguridad: "Padre, gracias te doy que me has oído. Que yo sabía que siempre me oyes".

Jesús oraba cuando tenía tristeza. Cuando estaba conmovido hasta lo más profundo de su espíritu por haber apelado los gentiles por su ministerio, sabiendo bien lo cercana que estaba su muerte y su inhabilidad de ministrarles como Él desearía, parecía estar perplejo, así como lo estamos nosotros algunas veces. "Padre, glorifica tu nombre", oró y encontró que su perplejidad se desvanecía en la seguridad de que Dios "ya lo había glorificado y lo glorificaría otra vez" (Juan 12:28). En el obscuro Gethsemaní, cuando llevó en esa misteriosa agonía de sangre y sudor la carga de nuestra culpa, allí todavía oró diciendo: "Padre, si quieres, pasa este vaso de mí; empero no se haga mi voluntad, sino la tuya". La agonía de la cruz hizo aún hacer otra petición: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Su ministerio público empezó con oración y así terminó: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", y tu cuerpo quebrantado dió su espíritu.

Las oraciones de Jesús no eran las oraciones de un hombre que ora solamente

para cultivar su vida espiritual o para abrir los recursos de su sublime conocimiento. Oraba al Padre esperando resultados y recibía lo que esperaba. La parábola del hombre que vino en la noche a su amigo a pedirle pan prestado para el retardado viajero que le había llegado era exactamente la propia experiencia de Jesús. Jesús mismo a menudo tenía que ir en la noche a conseguir pan para las multitudes que esperaban sus palabras o que deseaban tocarle esperando virtud de sanidad.

La oración era como trabajo para Jesús; trabajo en el cual se ocupaba con gran clamor y lágrimas (Heb. 5:7). Pero era trabajo que daba frutos. Por su poder estuvo ante la tumba de Lázaro, que ya hacía cuatro días que estaba muerto, y le volvió otra vez a la vida. Por ella los cinco pequeños pedazos de pan y los dos peccecitos fueron multiplicados en una cantidad abundante para una gran multitud. Por la oración su propio rostro fué transfigurado, siendo levantado el velo por un tiempo y la gloria se dejó ver hasta que los apóstoles turbados no sabían qué decir.

Había una cualidad en las oraciones de Jesús que hacía a otros desear conocer su secreto. No podemos dejar de notar la seriedad de la súplica de los discípulos: "Señor, enséñanos a orar". No estaban pidiendo que se les enseñasen palabras. Le habían estado escuchando hasta que sus corazones estaban muy deseosos de tener el mismo espíritu de gozo, de intercesión, de gratitud, de seguridad que sentían en El cuando se comunicaba con su Padre. Y humildemente nos unimos con ellos en la petición: "Señor, enséñanos a orar".

Salud y Vida.

No es tanto la extensión de tu campo de trabajo, como su manera de trabajarlo, que muestra los resultados en la cosecha.— P. Ev.

Dirección de las Iglesias Pentecostales

- VALPARAISO:— Iglesia, Retamo 557; Pastor, Cerro Merced, Virgen 53, Casilla 4145.—Casablanca.
- POBLACION VERGARA:— 5 Oriente, con 12 Norte.
- QUILPUÉ:— Blanco 2458; Casilla 82. V. Alemana: Av. Valparaíso.
- Peña Blanca:— Montt 353.
- LIMACHE:— Prá 345.
- QUILLOTA:— Iglesia, Palma 104; Pastor, Maipú 679.
- CALERA:—Iglesia y Pastor, Manuel Rodríguez 241. Casilla 74.—Hijuelas.
- Nogales: Vicuña 73.— Feterquita; Quintero.
- CAIMANES:—Illapel.
- COQUIMBO:—Bilbao 511; Pastor, Borgeño 92.
- SALAMANCA.
- ANTOFAGASTA:— J. S. Ossa 1255.
- LOS ANDES:—Iglesia y Pastor, Maipú 558, Cas. 157. San Felipe:—Coimas 369.
- Campo de Ahumada: Santa María.
- Llay-Llay—Balmaceda 196.
- SANTIAGO:—1.ª Iglesia y Pastor, Jotabeche 28; Casilla 4581. Joaquín Pérez 66.
- Renca—Anibal Zañartu—Lo Ruiz—Espejo.
- Quilicura—Carrera—Lampa.
- Titil:—O' Higgins—Maipú.
- SANTIAGO:—2.ª Iglesia y Pastor, Sargento Aldea 982; Casilla 7008.
- Bellavista: Puente Alto; Lo Ovalle.
- MELIPILLA:—Iglesia y Pastor, Libertad 699, Cas. 91.
- Talagante:—Prat 16.—Monte; Naltagua; Marco; Chirigüe; San Ramón; San Antonio; Barrancas.
- SAN BERNARDO:—Iglesia y Pastor, Esmeralda 11. Cisternas; La Granja; Santa Inés.
- BUIN:—Iglesia y Pastor; Errázuriz esq. Condell, Cas. 18; Linderos; Paine; Alto Jahuel; Angostura; Hospital; Santa Filomena.
- RANCAGUA:—Iglesia y Pastor, Armaza 649.
- San Francisco.—Codegua.—Graneros.—Lo Miranda.
- Dcñhue.—Teniente. Rengo.
- San Vicente.—Peumo.—Guitro.
- SAN FERNANDO:—Iglesia y Pastor, Chillán 335.—Santa Cruz, Nancagua, Puquillay, Cunaco, La Isla.
- CURICO:—O' Higgins 354; Pastor, Peña 663.
- TALCA:—Igl. y Pastor, 10 Oriente 1702.—Chequén.
- TALCA:—Igl. y Pastor, 6 Sur, entre 9 y 10 Oriente.
- Constitución:—O' Higgins 1246.
- Molina:—Av. Estación.
- LINARES:—Pob. Oriente, Santa María, Casilla 178.
- Longaví:—Frente a la Estación.
- PARRAL:—Iglesia y Pastor, Victoria 299.
- Cauquenes:—Chacabuco 105.—San Carlos:—Ossa 236.
- CHILLAN:—Av. Brasil 625; Pastor, Carrera 846; Casilla 350.
- Nebuco.—Esperanza.
- Bulnes.—Santa María 408.
- CONCEPCION:—Iglesia y Pastor, Rosas 947; Casilla 726.
- Talcahuano:—Balmaceda 374.—Tomé:—O'Higgins 428.
- Lota:—Seccella 82.—Liriquén:—Colemu.
- Puchoco. Schwager:—Galpón 72, pieza 4.
- San Rosendo:—Esmeralda 55.—Rio Claro:—Laja.
- MULCHEN:—Igles. y Pastor, Unzueta 561, Casilla 84. Collipulli.
- LOS ANGELES:—Iglesia, Almagro 347, Casilla 246. Renaico, Angol.
- TEMUCO:—Zenteno 1400; Pastor, Balmaceda 1164. Lautaro.—N. Imperial:—Balmaceda 140.—Carrhue:—Rodríguez 42, Pitruquén. —Gorbea:—O'Higgins 429.—La Faja.
- LAS HORTENSIA:—Casilla 48.
- PUNTA ARENAS:—Iglesia y Pastor, Avenida Libertad 1101, Casilla 162.

NOTA

"El Fuego de Pentecostés" procura salir todos los meses. Se vende a diez centavos el ejemplar. Se agradecerá cartas de los pastores que den noticias de la obra para hacer más interesante ese departamento, también testimonios de sanidades u otra cosa que estimen sea para la gloria de Dios.

Redactado por W. C. Hoover, superintendente de la Iglesia Pentecostal en Chile. Dirigirse a Casilla 4145. Correo 2, Valparaíso.

Historia del Avivamiento Pentecostal en Chile

(Continuación)

No piense ninguno que hay algo de "nacional" en este acto. Dios perdona tal pensamiento, y nos libre de tal error. La hostilización viene tanto de los pastores nacionales como de los misioneros. Tenemos nuestra vivienda en la "patria mejor".

Esto no es hostilización contra la Sociedad Misionera tampoco, ni las misiones extranjeras. Mil veces, no. El enemigo de las almas tendría gusto en sembrar esa semilla infernal. Todo lo que el mundo entero sabe y experimenta del poder de la **Sangre de Jesucristo**, lo debe a los servicios abnegados de los millares sin contar, de cristianos que, siguiendo el ejemplo de su divino Maestro, han dejado casa, parentela y tierra, en alegre obediencia a su mandato. Y si bien en cualquiera nación han reunido algo de dinero los del país, es una cosa poca en comparación con los millones de dólares que todos los años se esparce por el mundo en bien de la evangelización de los perdidos en el pecado.

Esta no es obra de capricho, ni de entusiasmo. No es falta de amor. Por el contrario queremos tener y practicar el amor perfecto, lo que alcanza para los que no son de nuestro parecer. Pedimos que Dios nos supla toda falta en esta dirección.

En resumen, hermanos, había delante de mí tres cosas:

1. — Retractar; como que he enseñado errores, así apagando el fuego que Dios en su tierra misericordía nos envió respondiendo a nuestras perseverantes supplicas.

2. — Volver a mi tierra; como condenado sin ser oído; o
3. — Salir de la Iglesia.

En un trance semejante Martín Lutero dijo: **ESPERADLO TODO DE MI MENOS LA FUGA Y LA RETRACTACION. HUIR, NO PUEDO; Y RETRACTARME, MUCHO MENOS**. Hago estas palabras mías, y me retiro de la Iglesia.

Nuestro propósito es seguir sirviendo a Dios de todo corazón, buscando el Bautismo del Espíritu Santo para toda

carne, armándonos para la salvación de Valparaíso con nueva abnegación y fervor, confiados con la viva **PALABRA DE DIOS**, y la **Sangre del Cordero**, aplicadas a los corazones de los hombres por obra y potencia del Espíritu Santo.

Ahora, a mis queridos hermanos un palabra. A los que habiendo reconocido el poder de Dios en la obra del año pasado y éste, y creyendo que su pastor les está guiando en los caminos de la verdad, me acompañan en mi retirada, deseo sobre todo, que se acuerden que nuestro lema es **MANSO CORDERO, EL HUMILDE AMOR**. Lo que tenemos que practicar en todas partes, en todo tiempo y más especialmente para con aquellos que nos critiquen y juzguen en este paso.

A los que, por motivo cualquiera, han sentido aflicción a causa de esta obra, y han estado disatisfecho, y creen que la Conferencia hizo bien en su actitud para con esta Iglesia, y pastor, y optan por permanecer en la Iglesia, les ruego que nos miren con amor, nos juzguen con la caridad posible, y se dediquen a la grande obra de volver a llenar el templo de pecadores salvados por la **Sangre del Cordero**, mientras nosotros trabajamos en el mismo sentido en otra parte. De esta manera el deseo de todos, la salvación de Valparaíso, se realizará más pronto. Que sea nuestra guerra contra el pecado y las huestes de Satanás, y no contra nuestros hermanos.

Mi renuncia tomará efecto el primero de mayo, o cuando el señor Superintendente haya suplico el pulpito. No abandonaré el puesto. Las reuniones seguirán su curso de costumbre, sin cambio alguno hasta nuevo aviso. Tal vez el jueves habrá más noticias.

Después de la bendición la Junta Oficial pide una breve reunión de todos sus miembros en la casa del hermano Lewis, en el fondo del sitio.

Yo invito a los hermanos que deseen quedarse para una media hora, u hora, de oración, que se junten aquí adelante del altar, después que haya salido la congregación.